Breve Historia de la Antigua Grecia

Breve Historia de la Antigua Grecia

Dionisio Mínguez Fernández

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de la Antigua Grecia
Autor: © Dionisio Mínguez Fernández

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra
está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas,
además de las correspondientes indemnizaciones por daños y
perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o
comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución
artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de
cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-487-8

ÍNDICE

La Acrópolis de Atenas,
donde la tierra toca el cielo 9

CAPÍTULO 1
La historia empieza en el Sur:
Creta, Cnosos,Micenas, Corinto... 19

CAPÍTULO 2
La historia se mueve
desde el norte 87

CAPÍTULO 3
La historia se ensancha por
Occidente 121

CAPÍTULO 4
La historia converge en Atenas:
el siglo de Pericles 137

CAPÍTULO 5
La historia se expande por Oriente:
Alejandro Magno 207

CAPÍTULO 6
Glosario 237

CAPÍTULO 7
Cronología 277

Bibliografía 291

La Acrópolis de Atenas, donde la tierra toca el cielo

Subir a la Acrópolis de Atenas es una de esas experiencias que marcan profundamente la vida y el espíritu de cualquier persona medianamente sensible y educada.

Provisto de atuendo y calzado adecuado —lo mejor es, sin duda, camisa ligera, pantalón corto y alpargatas de esparto— puedes prepararte para la subida degustando un buen café griego en el bar Diónisos, en la avenida de Dionisio Areopagita, desde donde se puede obtener una visión global de la Acrópolis.

La impresionante estructura de los Propíleos, que todavía hoy constituye el principal acceso a la colina, comprende un cuerpo central de seis columnas dóricas en cada fachada y dividido en





el interior en dos vestíbulos por medio de un muro con cinco puertas. A la izquierda, la Pinacoteca con su espléndido porche, y a la derecha, en primer lugar, el magnífico templo jónico de Atenea Nikê (Atenea victoriosa) con su secuencia de frisos relativos a la batalla de Platea. Detrás, el templete de Artemisa Brauronia, y la Calcoteca con su colección de objetos de bronce.

A la izquierda, si te animas a subir por una rampa lateral bastante empinada y que exige andar con sumo cuidado, desembocarás en una especie de balconada desde donde se dominan, en primer término, las ruinas del antiguo Areópago, o Tribunal Supremo, y un poco más allá, el Ágora, centro neurálgico de la vida ciudadana en la antigua Atenas.

Otra pequeña subida y llegas a una explanada un tanto irregular, pero protegida al norte por una sólida barandilla que se abre sobre el muro de Temístocles. La impresión es realmente sobrecogedora. Dejando a la derecha el pedestal de lo que un día fue la soberbia estatua de Atenea Prómachos, obra de Fidias, y a la izquierda la antigua Casa de las Arréforas (jóvenes de la alta sociedad ateniense que, después de un rito secreto, estaban dedicadas durante un año al culto de la diosa), surge el maravilloso conjunto de Poseidón Erecteion, con el Olivo sagrado y su famosísimo pórtico de las Cariátides. Y a la derecha, dejando a un lado el impresionante Museo de la Acrópolis, te



Famosísimo pórtico de las Cariátides en el maravilloso conjunto de Poseidón Erection.

El imponente
Templo de Apolo
en Atenas.



encuentras finalmente frente a la cumbre más emblemática de la arquitectura griega, el Partenón.

A unos cien metros de la entrada al Partenón, a la izquierda, hay —o, por lo menos, había— entre otras ruinas, un capitel truncado que yo siempre, en mis visitas, consideré como *mi capitel*, desde el que se disfruta de una vista sencillamente incomparable de la ciudad y de la propia Acrópolis con, al fondo, en el horizonte, la silueta triangular del monte Pentélico y, al otro lado, la colina del Licabeto. La vista compensa sobradamente cualquier esfuerzo.

La ladera sur está sembrada de santuarios, como la Gruta de las Ninfas y del dios Pan, y los templos de Apolo y de Afrodita. En la base de la colina destaca el monumental Teatro de Diónisos, escenario grandioso de las más famosas representaciones teatrales de la antigua Grecia.

Ante el conjunto de la Acrópolis y, sobre todo, frente al Partenón, el templo de Atenea, la diosa virgen (en griego, *párthênos*), que da nombre a la ciudad y sintetiza la historia de un pueblo único e irrepetible, a la vez que corona una civilización inigualable.

Naturalmente, surgen muchas preguntas: ¿Cómo se gestó esa historia? ¿Cómo y por qué influyó de manera tan determinante en la configuración de Occidente? ¿Es el comienzo, o más bien la meta, de nuestra civilización? Los occidentales, ¿somos esencialmente "griegos"?



El magistral Partenón
que muestra su espectacular
armonía.





1

La historia empieza en el Sur: Creta, Cnosos, Micenas, Olimpia, Esparta, Corinto...

La historia de Grecia comienza en una isla abrupta que cierra la franja sur del mar Mediterráneo, la isla de Creta. Según el mito originario, ahí precisamente es donde Zeus, el dios supremo, y Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, se unen y dan origen a la austera realidad que marca el arranque de la historia de Grecia y, por tanto, del mundo occidental.

Pero la historia no es pura crónica de hechos ordenados por fechas, sino magnitud dinámica, sucesión de encuentros e impredecible cruce de caminos entre pueblos y culturas, determinados casi siempre por los condicionamientos que marca la geografía. Y es que, al contemplar el mapa de Grecia, llama la atención el infinito reguero de

islas e islotes diseminados por el mar Egeo, como si se tratara de flecos sueltos arrancados por un violento ciclón que, procedente del Sur, se hubiera desatado hacia el Noroeste, en dirección al Monte Olimpo, la morada de los dioses, o como una infinidad de semillas destinadas a fructificar en el nuevo mundo de Occidente.

Minos y el misterio del Laberinto

Los orígenes son siempre misteriosos; quizá por eso despiertan una curiosidad tan extraordinaria. Pero, a la vez, la fascinación y el asombro de los comienzos no es patrimonio exclusivo de los protagonistas, sino también de sus sucesores. Más tarde, Platón, uno de los más grandes pensadores griegos de todos los tiempos, dirá que "el asombro es el principio de la filosofía".

El misterio de los orígenes de Occidente surge en el sur del mar Mediterráneo, concretamente en la escarpada isla de Creta que, además de su relevancia histórica, ocupa un puesto importante en la mitología y en la leyenda.

Según la leyenda, Creta fue el lugar del nacimiento de Zeus, el dios supremo de la mitología griega que, después de raptar a Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, la condujo hasta su isla natal, donde se establecieron y engendraron a Minos, Éaco y Radamante.

El mito de Europa

Una mañana de verano, en una playa mediterránea de la región de Fenicia, las hijas de Agenor, rey del país, bajan a la playa para darse un baño. Mientras se zambullen en las olas, el mar empieza a agitarse de manera extraña. Las jóvenes se asustan y empiezan a huir, cuando de la superficie del mar emerge la testuz de un toro de extraordinaria belleza y con gesto conciliador. Las jóvenes se quedan estupefactas, porque el animal les sonríe con una gracia que elimina cualquier asomo de temor. Picadas de curiosidad, se acercan al intruso, no sin cierta desconfianza. La mayor, llamada Europa, es la más audaz. Ante la preocupación de sus hermanas, la joven se acerca al animal, que despierta en ella una atracción irresistible. Cuando Europa está ya cerca del toro, éste empieza a hacer cabriolas, como invitándola a jugar con él. Las hermanas contemplan con curiosidad el espectáculo; y poco a poco se van acercando, hasta formar una especie de ronda de juego.



El rapto de Europa,
cuadro pintado por Rubens
entre 1628-1629

Al cabo de un rato, el bello animal y la atrevida Europa se separan poco a poco del grupo, para terminar adentrándose en mar abierta. Mientras surcan el mar, el toro se manifiesta a Europa como personificación de Zeus, el dios supremo de un pueblo que dará origen a una extraordinaria civilización.

Durante el trayecto, y como acompañando a la pareja, surgen a la superficie toda clase de criaturas marinas: nereidas, tritones y hasta el mismo Poseidón, hermano de Zeus y dios del mar, como cortejo festivo de los enamorados. Europa pregunta a Zeus adónde se dirigen, a lo que el dios responde que la conduce a la isla de Creta, su propia patria, donde la hará su esposa y engendrarán hijos que serán dioses y dominarán el mundo. De ese modo, Zeus y Europa llegan a Creta, isla bravía y clave de un nuevo continente, al que Zeus da el nombre de su prometida, Europa. Con el tiempo, de la pareja nacen Minos, Éaco y Radamante, futuros reyes de un nuevo mundo y, eventualmente, jueces de ultratumba.

Minos fue un gobernante audaz que hizo de Creta una potencia naval del Mediterráneo; fomentó el comercio, construyó grandes edificios públicos, elaboró un excelente código legislativo que ha llevado a considerarlo como el primer legislador de Occidente, estableció un sistema de educación y promovió el florecimientos de las artes. A su muerte, le sucedió su hijo Minos II.

Minos II resultó ser la antítesis de su padre. Orgulloso y tremendamente egoísta, se enamoró de la joven Britomartis; pero ésta, al conocerlo, prefirió precipitarse al mar antes que casarse con él. Entonces se casó con Pasifae, de la que tuvo varios hijos, a todos los cuales les golpearía el infortunio: Ariadna se enamoró de Teseo, el gran héroe ateniense, que la abandonó; Fedra se suicidó; Andrógeo murió en Atenas luchando con un toro; y Catreo fue asesinado por uno de sus hijos.

Según la mitología, Minos ofreció a Poseidón, dios del mar, levantar un templo en su honor como agradecimiento por haberle ayudado a acceder al trono, y pidió al dios que le enviara un toro sagrado para el sacrificio. Poseidón se lo envió; pero Minos se lo quedó para sí, y sacrificó al dios otro toro. Como venganza, Poseidón hizo que Pasifae, la esposa de Minos, se enamorara del animal sagrado y se uniera con él. Y de esa unión nació un terrible

monstruo, el Minotauro, mitad toro y mitad humano. Para ocultar a la monstruosidad y mantenerla en cautividad, Minos encargó al arquitecto Dédalo que construyera en su palacio un entramado de túneles y pasadizos con infinitos recovecos, al que llamó Laberinto, del que nadie pudiera escapar.

Un aciago día, Egeo, rey de Atenas, comunicó al rey de Creta que su hijo Andrógeo había muerto en la ciudad luchando con un toro. Para vengarse, Minos declaró la guerra a Atenas, pero su ejército fracasó. Entonces oró a su padre Zeus, que azotó a la ciudad con hambre y enfermedades. Los atenienses pidieron consejo a un oráculo sobre la forma de librarse de la ira de Zeus, el cual les ordenó conceder a Minos cualquier satisfacción que exigiera; éste les exigió que se le enviasen a Creta siete jóvenes varones y siete doncellas para ser ofrecidos como sacrificio al Minotauro. Este tributo debía repetirse cada nueve años.

El hijo del rey ateniense, el valeroso Teseo, se ofreció como voluntario para formar parte del siguiente grupo de jóvenes, con el propósito de matar al Minotauro. Teseo y su padre acordaron que, al regreso de Creta, Teseo izaría en su barco velas negras si había fracasado o velas blancas si había logrado vencer al monstruo. Teseo, al llegar a Creta, conoció a Ariadna, hija de Minos, que se enamoró de él. Entre los dos

trazaron un plan para que el héroe ateniense lograse su propósito. Siguiendo el consejo de Dédalo, Ariadna, que conocía bien los secretos del palacio y del Laberinto, entregó a Teseo un hilo casi invisible para que pudiese encontrar la salida una vez que hubiera matado al Minotauro. Todo sucedió según los cálculos. Teseo se enfrentó al Minotauro, le dio muerte y huyó de Creta acompañado por Ariadna. Pero la abandonó en Naxos, antes de llegar a Atenas.

En el viaje de regreso a Atenas, Teseo se olvidó de cambiar las velas negras de su nave por velas blancas, como había acordado con su padre, si la operación de rescate terminaba con éxito. Cuando la gloriosa expedición ya avistaba Atenas, el rey Egeo se acercó al litoral. Al ver velas negras en la nave de su hijo, pensó que la operación había fracasado y Teseo había muerto. Y presa de dolor, se arrojó al mar, que desde entonces lleva el nombre del rey, Egeo. Hasta aquí lo que dice la mitología.

Fases de la historia de la Antigua Grecia

Esta es una división arbitraria que intenta solo facilitar la comprensión de la secuencia de sucesos históricos

* Época Premicénica. Cultura Minoica (Desarrollada en Creta hacia el 2000 a.C.)
Edad del Bronce cretense. Conocían la escritura, como lo demuestran las tablillas encontradas en Cnosos.

* Época Micénica (2000-1150 a.c.)
Junto con la Minoica, constituye la civilización de los grandes palacios].

* Época Oscura (1150-800 a.C.)

* Época Arcaica (800-500 a.C.)

* Época Clásica (500-338 a.C.)

* Época Helenística (338-146 a.C.)

La civilización minoica

En Creta floreció durante la Edad del Bronce una civilización avanzada a la que se ha llamado minoica por el legendario rey Minos. A principios del siglo xx el arqueólogo inglés Arthur Evans encontró en la localidad cretense de Cnosos los restos de un enorme palacio con zonas residenciales, administrativas y de almacenamiento, dispuestas en torno a un gran patio, y cuyas paredes estaban decoradas con frescos muy elaborados. Pronto se descubrieron nuevos palacios en Festos, Palaikastro, Gruñía y Kató Sacros, todos ellos con un patente carácter pacífico. Años mas tarde se realizó en Cnosos un nuevo descubrimiento arqueológico de imprevisibles consecuencias. Se trataba de un doble tipo de escritura, quizá de origen cretense, al que se dio el nombre de lineal, que bien podría representar el eslabón perdido entre el mundo prehelénico del tercero y segundo milenio a.C., desaparecido en el siglo XII a.C., y el mundo griego propiamente dicho, que comienza con Homero, en el siglo VIII a.C. Se encontraron tablillas de arcilla con dos tipos diferentes de escritura lineal, el lineal A y el lineal B. El primero —que todavía está siendo descifrado— es más antiguo y sólo se ha encontrado en Creta. Los estudios arqueológicos han demostrado que la escritura lineal A se usó por toda la isla entre



Tablilla de arcilla con tipo de escritura lineal A.
Este tipo de escritura aún no ha sido descifrado. Los estudios han demostrado que se usó por toda la isla de Creta entre los años de 1700 a.C. y 1450 a.C.



Tablilla de arcilla con tipo de escritura lineal B.
La alternancia o la agrupaión de diferentes signos, por lo general líneas verticales u oblícuas, permite la enumeración de cantidades y la identificación de personajes.

los años 1700 y 1450 a.C., mientras que la escritura lineal B solo se utilizó en el palacio de Cnosos, hacia el 1400 a.C.

El lineal B es un sistema gráfico cuyos símbolos representan en su mayoría sílabas y se componen, por lo general, de un conjunto de signos al que se unen ciertos ideogramas que forman sílabas, unidades de cálculo y de medida y, finalmente, palabras. Esos signos están grabados con estilete en planchas de arcilla, generalmente de forma rectangular, pero sólo los dibujos, llamados ideogramas, evocan una imagen concreta. Con frecuencia, los signos constan de meros rasgos que dibujan una figura bastante simple. Después de las investigaciones sobre la escritura lineal B, no cabe duda de que ésta corresponde a una lengua griega.

Además de en Cnosos se han encontrado tablillas con escritura lineal B en diversos puntos del Peloponeso, como Micenas, Pilos y Tebas. La lectura e interpretación de los textos en lineal B demostraron que la hasta entonces llamada civilización micénica ya era, en realidad, auténticamente griega. Todo indica que los micénicos ocuparon Creta y asimilaron parte de su cultura.

Por otro lado, los datos históricos de los que disponemos parecen indicar que los primeros habitantes de Creta llegaron a la isla desde el vecino Oriente Próximo hacia el año

4000 a.C., como parecen demostrar los más de siete metros de grosor que alcanzaban los sedimentos arqueológicos sobre los que se asentaba el antiguo palacio de Cnosos.

Todo indica que la cultura minoica es parte de la historia griega, que tiene en Creta su exponente más originario y las muestras más antiguas de la civilización occidental. Un dato a tener en cuenta es la observación de algunos historiadores que afirman que, hacia el año 2800 a.C., los cretenses ya ejercían una gran influencia en el ámbito del mar Egeo como potencia marítima. Pero de lo que no hay duda es de que entre el 2100 y el 1100 a.C., cuando Cnosos y Micenas alcanzaron su máximo esplendor, buena parte de Grecia empezaba a tener una historia con elementos comunes, de los que participaban la minoica Cnosos, aparentemente protegida de posibles atacantes por su situación en una isla, Creta; y la continental Micenas, enclavada en el Peloponeso, en el territorio de la Grecia continental. Creta y Micenas fueron las civilizaciones de los grandes palacios-fortaleza, aunque con diferencias muy notables entre ambas.

Los primeros documentos escritos hallados en Creta proceden del 1900 a.C. Entre los años 2000 y 1400, época del apogeo cretense, se construyeron los grandes palacios: Cnosos, Feisto, Malia Kato Zakro, entre otros. Creta era

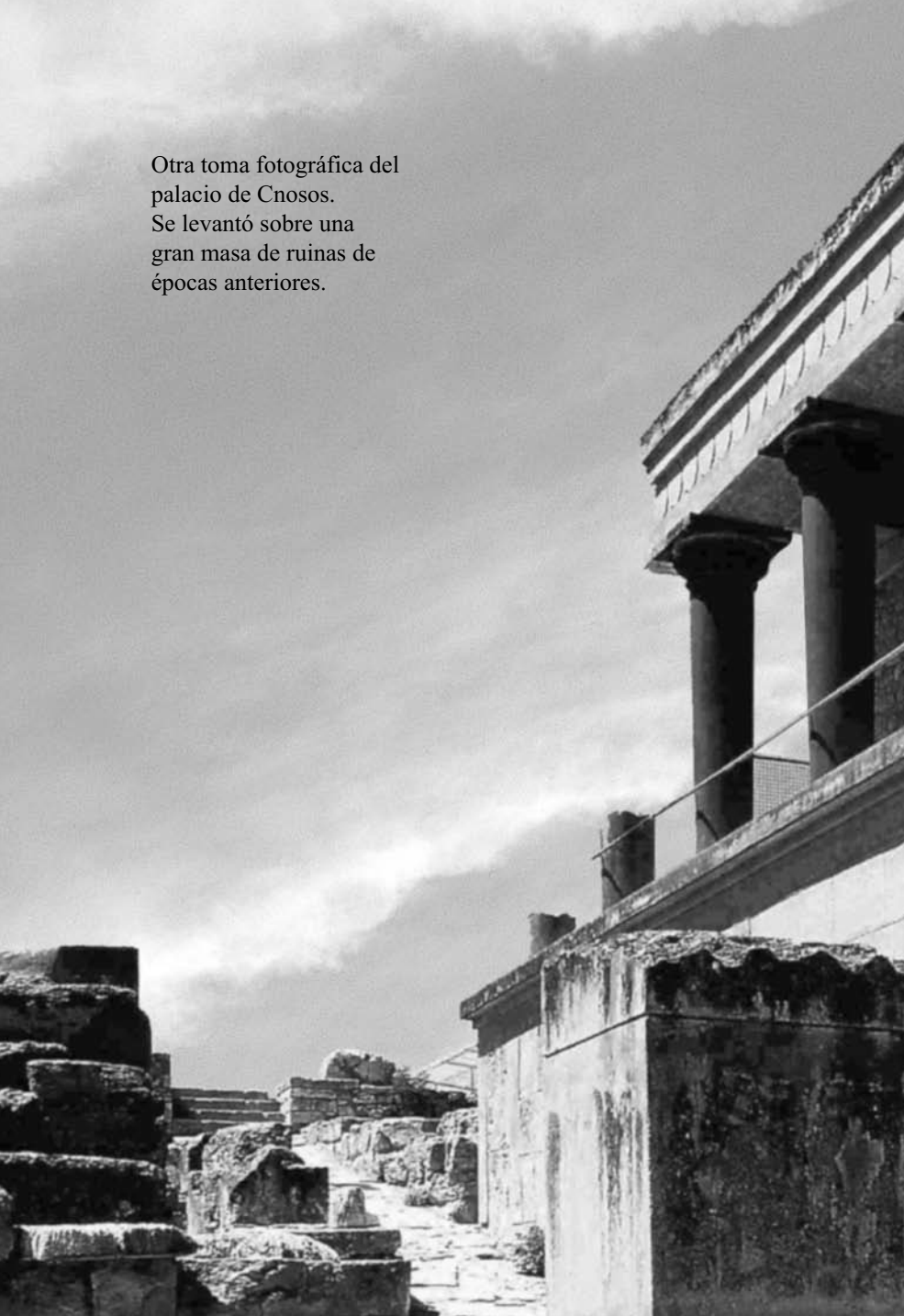


Vista aérea del fabuloso palacio de Cnosos.





Restos del palacio de Cnosos,
construido hacia el año 1900 a.C.
Carecía de sólidas fortificaciones porque,
dada su estructura y situación,
lo consideraban inexpugnable.



Otra toma fotográfica del palacio de Cnosos. Se levantó sobre una gran masa de ruinas de épocas anteriores.



al parecer un Estado centralizado —cuya capital, Cnosos, tenía más de 50.000 habitantes—, gobernado por una monarquía rica y poderosa, y con una aristocracia amante de la vida palaciega, que vivía en villas confortables y tenía predilección por las fiestas y los juegos. Pronto la aristocracia griega continental se vio tentada por sus vecinos del Sur, cuyos artesanos se desplazaban al continente para embellecer sus edificios; es probable que decidiesen explotar sus recursos naturales.

Existen abundantes testimonios sobre el esplendor de la capital minoica, Cnosos, donde la realidad se mezcla con la leyenda en su fabuloso palacio y en sus espectaculares construcciones. Como es lógico, la ciudad de Cnosos debió de crecer lentamente. Ya hemos hecho referencia a su imponente palacio, que se levantaba sobre una masa de ruinas de épocas anteriores. Construido hacia el año 1900 a.C., el palacio carecía de sólidas fortificaciones porque, dada su estructura y su situación, lo consideraban prácticamente inexpugnable.

Uno se pregunta cómo aquellos constructores pudieron izar tan tremendos bloques de piedra y cortarlos a medida con tanta exactitud, y cómo dieron forma a sus famosas columnas monolíticas con sus respectivos capiteles. Se pueden admirar los magníficos salones decorados con gran profusión de frescos figurativos

que daban sensación de profundidad, el invento arquitectónico de la doble escalera de caracol, los altos techos que coronaban las diversas estancias, entre las que destacaban el Salón del Trono con su pavimento multicolor, los apartamentos de la reina, y la admirable y serena sobriedad del Salón de Recepciones. A eso habrá que añadir la palestra de entrenamiento para las competiciones de púgiles, y lo que bien podríamos llamar la "plaza de toros" —en un sentido bastante literal de la palabra, ya que practicaban verdadero toreo—, presidida por el palco reservado al rey.

Las excavaciones dan testimonio de una magnífica e impresionante obra de ingeniería como la red de abastecimiento de agua con sus sistemas de desagüe, el trazado geométrico de las plazas y las calles que rebosaban de tiendas con mercancías autóctonas y de diferentes países de Oriente, y la severa dignidad de los edificios públicos, como centros políticos y culturales para atender del modo más conveniente y eficaz a las necesidades de la ciudadanía. Todo eso, unido a su situación y constitución geográfica hace más que probable que Creta desempeñara un papel significativo en la primitiva historia de Europa.

Las tribus cretenses más primitivas, procedentes quizá de las grandes civilizaciones de Egipto, Fenicia y Mesopotamia, se remontan sin



Vaso de oro rescatado de una tumba.
Representa la captura de un toro salvaje en campo abierto.
El número y la cantidad de las ofrendas que se depositaban
en la tumba tenían que corresponder a la
dignidad personal y la categoría social del difunto.

duda al período denominado Bronce Minoico Antiguo, en pleno tercer milenio a.C. (3000-2000).

De época más tardía (1600-1200) parecen ser los hallazgos más importantes de las excavaciones en diferentes partes de la isla. Entre ellos destaca la multitud de enseres de uso cotidiano y las nuevas armas ofensivas y defensivas, mientras que la profusión de arcillas coloreadas que se empleaban en la decoración de los edificios, en la fabricación de utensilios domésticos y quizá también en el ámbito religioso, marca el ritmo del progreso y de la civilización en la isla de Creta.

Los testimonios materiales del alto grado de civilización alcanzado por la sociedad cretense sólo son comparables a los logros de refinamiento y utilidad pública desarrollados por las sociedades modernas desde finales del siglo XIX d.C.

El Peloponeso: Micenas, Olimpia y Esparta

Desde el punto de vista geográfico, el Peloponeso, la gran península que forma la extremidad sur de Grecia, a la que está unida por el istmo de Corinto, es como una prolongación de la isla de Creta, hacia la que se alargan como si fuesen dedos las tres pequeñas penínsulas del sur.

Se abre así una nueva etapa, que poco a poco se libera de los fantasmas del mito para poner los cimientos de una nueva cultura creativa, representada por tres focos emblemáticos de la griega: Micenas en el nordeste, Olimpia en el noroeste, y Esparta en el centro sur.

El mundo micénico

Según la mitología griega, Micenas es la cuna de la familia de Atreo, perseguida desde sus origenes por la maldición de "orgullo y violencia".

El legendario abuelo de Atreo fue Tántalo, hijo de Zeus, que tenía acceso al banquete de los dioses. Pero era ingrato por naturaleza y, al mismo tiempo, cruel. Una de sus hazañas consistió en matar a su hijo Pélops, trocearlo y servírselo a los dioses en un banquete solemne. Los dioses, horrorizados, se retiraron de la sala y condenaron a Tántalo a un tormento interminable: pasar toda la eternidad en un gran recipiente de agua, de la que jamás podría beber, y rodeado de los frutos más atractivos, que jamás podría gustar.

Zeus, por su parte, resucitó a Pélops, que pronto se convirtió en el favorito de Poseidón, sobre todo durante sus innumerables viajes por mar. Entre los muchos hijos de Pélops, los más



Ánfora micénica del siglo XIV a.C.
Frente a dos personajes en una carroza, Zeus, con una balanza en la mano, pesa la suerte de los combatientes, quizá en el curso de la Guerra de Troya..



Crátea micénica del siglo XIII a.C.
Hallada en perfecto estado de conservación, está adornada
con toros y cabras. Descubierta en las excavaciones de
Enkomi, en la actualidad se conserva
en el Museo de Chipre.

famosos fueron Atreo y Tiestes que, acusados de asesinato, tuvieron que refugiarse en la fortaleza de Micenas. Allí, con el tiempo, Atreo fue proclamado rey de la ciudad, donde tuvo dos hijos: Agamenón y Menelao, famosos por su posterior implicación en la guerra de Troya: Agamenón como general en jefe del ejército griego, y Menelao, porque el motivo de esa guerra fue el hecho de que Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, había raptado a Helena, la esposa de Menelao.

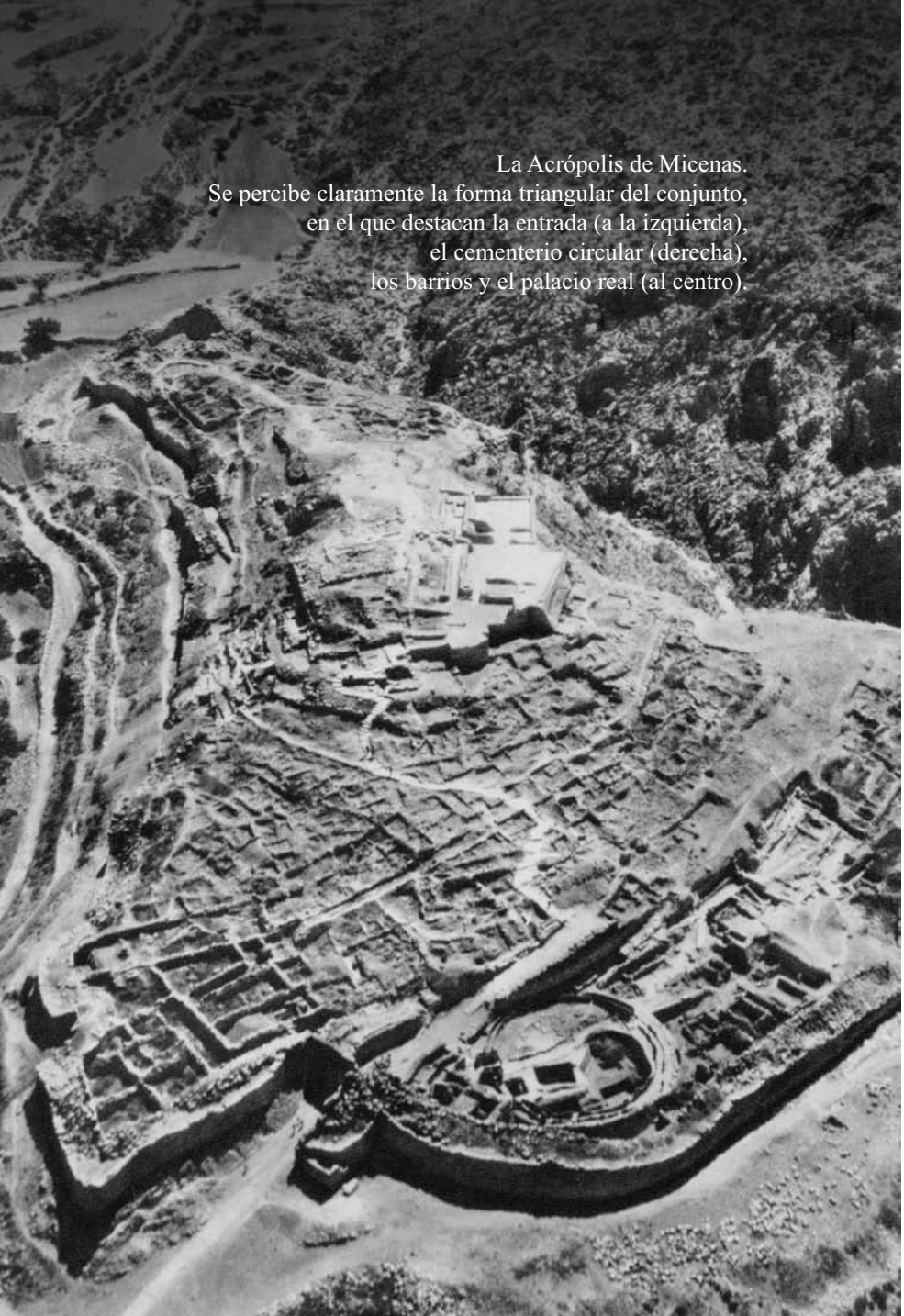
El paso de la mitología a la historia propiamente dicha comienza con la civilización que surge en el palacio-fortaleza de Micenas, situada al nordeste de la península del Peloponeso y ya en territorio inequívocamente griego. Las ruinas de la antigua fortaleza, excavadas a finales del siglo XIX por el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann —convencido de la veracidad histórica de la *Iliada* y la *Odisea*— obsesionado por encontrar la tumba de Agamenón, se revelaron como la cuna de la civilización auténticamente griega. Y no sólo por la calidad artística de sus creaciones, sino también por su valor como testimonio y fuente de información. Los investigadores denominaron micénica a esta civilización porque el primer yacimiento arqueológico —y el más importante— donde se encontraron sus elementos característicos fue el de Micenas. Los elementos que identifican a esta cultura son

los enormes complejos palaciegos (palacios-fortaleza) y las monumentales tumbas de cúpula. No está claro si los dirigentes micénicos eran reyes con poderes absolutos como los que ostentaban los monarcas orientales o más bien cabecillas tribales, tal y como se deduce del estudio de las relaciones de poder internas del mundo micénico.

Las tablillas halladas en las excavaciones de Micenas —escritas en lineal B, como las del archivo de Cnosos— no nos ofrecen textos literarios, ni contratos, ni correspondencia o tratados entre soberanos, sino sólo piezas de archivo de los servicios de intendencia del palacio: bienes, provisiones, objetos mobiliarios, listas de personal, como intendentes, obreros, soldados y, en algún caso, referencias sobre ofrendas a divinidades. Toda esa documentación es puramente administrativa. Pero precisamente por eso, nos informa sobre los azares de la vida diaria en aquellos tiempos remotos, sobre la lengua que hablaban, y sobre su organización social. Gracias a esos documentos podemos conocer el régimen alimenticio de la época, las reservas para épocas conflictivas, el trabajo de los artesanos —herreros, alfareros, carpinteros—; en una palabra, lo más elemental de la vida diaria de una sociedad de los siglos XVI-XI a.C.

Por esa época, los micénicos del Continente entraron en contacto con la Creta del rey Minos, que por entonces ya era un Estado centralizado, con la ciudad de Cnosos como capital. El gobierno estaba en manos de un monarca poderoso y rico, rodeado de una aristocracia que amaba la vida de corte, los palacios adornados con frescos, las villas confortables, las fiestas y los juegos. Gracias a una marina próspera, el comercio cretense florecía por todas partes con los productos de un arte original y delicado. A partir del siglo XVI a.C. la influencia del rico y sofisticado mundo cretense sobre el continente es considerable, y sus artesanos trabajan en la decoración de los palacios-estado micénicos. Hasta que hacia el 1450 a.C. los belicosos micénicos decidieron apoderarse de la próspera Creta, invadieron la isla y destruyeron todos sus palacios, menos el de Cnosos.

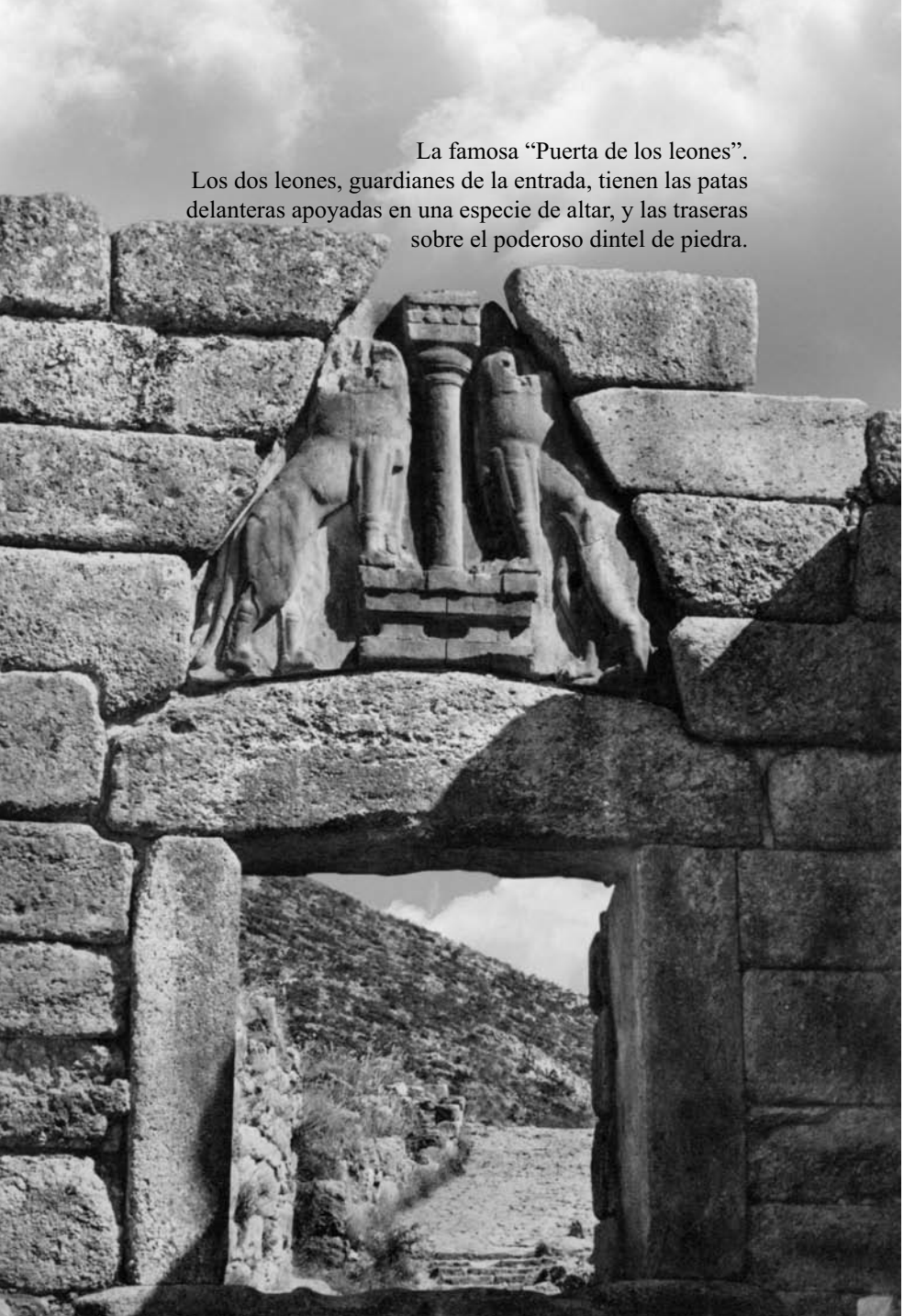
En Creta apenas había fortificaciones, porque el imperio de Minos se consideraba suficientemente al abrigo de posibles ataques del exterior. Pero en el Peloponeso, más expuesto a los ataques procedentes del este, sobre todo de Anatolia, la situación era distinta. Por eso, la arquitectura micénica utilizó el relieve natural del terreno para construir verdaderas fortalezas contra posibles ataques del exterior. Los constructores de las ciudades micénicas allanaron colinas y en torno a ellas levantaron auténticos



La Acrópolis de Micenas.
Se percibe claramente la forma triangular del conjunto,
en el que destacan la entrada (a la izquierda),
el cementerio circular (derecha),
los barrios y el palacio real (al centro).

baluartes como defensa de la seguridad interior. Para lograr un acceso más fácil a las plazas fuertes aprovechaban los desniveles naturales del terreno, y hacían rampas lo suficientemente anchas para facilitar los movimientos tanto de la población civil como de las tropas de combate.

Entre los recintos fortificados más impresionantes del mundo micénico destaca la acrópolis de Micenas, un recinto amurallado situado en lo alto de una colina que dominaba la llanura de Argos, con forma de triángulo irregular que resultaba prácticamente inexpugnable. Se levantó hacia el 1300 a.C. Las murallas —cuyo grosor superaba los siete metros y medio— eran ciclópeas, es decir, construidas a base de enormes bloques de piedra sin tallar. La ciudadela tenía más de 30.000 metros cuadrados de superficie, y se accedía a ella por una entrada realmente espectacular, la famosa Puerta de los Leones. Dentro del recinto, a mano derecha, se perfila un cementerio de forma circular, desde donde una rampa da acceso a lo que podríamos llamar el centro urbano, con el palacio del rey y sus dependencias. Los cimientos del palacio real están dispuestos en varios estratos: entrada regia, amplio porche de piedra con dos columnas, antesala, y sala central (*mégaron*) con el espacio reservado al trono flanqueado por cuatro columnas. Los muros estaban cubiertos



La famosa “Puerta de los leones”.
Los dos leones, guardianes de la entrada, tienen las patas delanteras apoyadas en una especie de altar, y las traseras sobre el poderoso dintel de piedra.

de frescos, y el suelo adornado con baldosines de yeso multicolores.

En cuanto al núcleo de población, estaba disperso por toda la colina fortificada, en la que disponían de terrazas a diferentes niveles según las características del terreno y, casi seguro, de viviendas con tejados planos.

Lo más interesante de las ruinas de Micenas son las tumbas. La construcción es circular (*thólos*), del tipo denominado colmena, que muchos arqueólogos consideran como el prototipo antecesor de la bóveda y que, sin duda, constituye una prueba del primitivo culto a los muertos. El mejor exponente monumental de ese tipo de tumba es el denominado Tesoro de Atreo, cuya estructura se ha conservado casi intacta, aunque la decoración interior se ha perdido casi por completo. Es una construcción de dimensiones insólitas, con una altura de trece metros y un diámetro de casi quince, sostenida lateralmente por enormes bloques de piedra que sobrecogen al espectador. Las paredes están revestidas de pequeñas piedras, talladas de forma cóncava por su parte exterior, que se elevan en ojiva estrechándose cada vez más y dando así la impresión de una enorme colmena. Es difícil imaginar cómo los arquitectos llegaron a diseñar una estructura tan insólita como la de forma de colmena, sobre todo en las tumbas de la familia real, entre las que destacan las tumbas

de Egisto, rival del rey Agamenón, y la de Clitemnestra, esposa del rey.

En las excavaciones se han descubierto numerosas máscaras de oro muy fino, que probablemente se colocaban sobre el rostro del difunto a modo de identificación, o de homenaje póstumo.

El mismo tipo de construcción ciclópea se puede admirar unos kilómetros más al sur, en plena llanura de la Argólida, en las ruinas del palacio de Tirinto, e igualmente en el famoso palacio-fortaleza de Pilos, en el sudoeste de la península del Peloponeso. Ahí aparece por primera vez la estructura típicamente griega de los propíleos, entrada monumental con un porche y una gran columnata por donde se accedía al interior del recinto. El patio interior, rodeado de columnas, se abría a una gran sala (*mégaron*) de unos doce por diez metros con cuatro columnas, que constituía el salón en el que el rey presidía las reuniones de corte y celebraba los banquetes oficiales. Esa construcción prefigura ya la típica estructura del templo griego, es decir, la casa del rey se va a convertir en la casa del dios.

Las casas de la ciudad, especialmente en Micenas, se extendían por toda la colina fortificada. Llama la atención la habilidad de los arquitectos para adaptar sus construcciones a los accidentes del terreno. Las casas, por lo general



Máscara de fina lámina de oro, procedente de Micenas. Quizá sea un símbolo de la inmortalidad. El rostro tiene trazos estilizados, los ojos y los labios cerrados, y la barba parcialmente rasurada. La majestad del conjunto transmite gran serenidad.

de dos pisos y distribuidas por toda la colina en planos descendentes, estaban construidas sobre terrazas excavadas al efecto y, en la vertiente norte, en perfecta simetría.

Entre todos los palacios-fortaleza del período micénico recuperados por las excavaciones, el mejor conservado es el de Pilos, en la región de Mesenia, no lejos de la célebre rada de Navarín. La parte principal del palacio, donde se ve perfectamente la base de los cimientos y de toda la estructura ciclópea de la construcción, es el *mégaron*, o sala central y más importante del edificio, con su antecámara y un porche que se abre a un pequeño patio interior. En torno a esa construcción central se multiplican los salones, los dormitorios, los baños, los despachos particulares y grandes almacenes con reservas de víveres, a la vez que grandes tinajas, posiblemente para conservar el vino. Precisamente en una de esas salas, a la izquierda de la puerta de acceso, es donde se descubrieron los archivos escritos en lineal B, que han dado su renombre a esas excavaciones. No cabe duda que los cascotes de arcilla se endurecieron con el excesivo calor del incendio del palacio, y eso fue, quizá, lo que más contribuyó a su perfecta preservación.

Igual que en Micenas y en Tirinto, también en Pilos se puede admirar la refinada decoración de las salas más importantes del palacio con

grandes frescos que cubrían por entero la superficie de las paredes. Los temas son preferentemente de carácter animal, como leones y toros, o escenas de caza, flanqueados por monstruos mitológicos, al contrario que en Micenas, donde el *mégaron* y los salones adyacentes estaban decorados con escenas de batallas.

Es probable que la técnica de construcción micénica se debiera no tanto a inspiración autóctona como a imitación de los palacios cretenses de Cnosos y Festos, especialmente en la estructura y dimensiones de la gran sala central con su antecámara rodeada de un espléndido porche, estructura típica de las construcciones minoicas. Y otro tanto habrá que decir sobre la proliferación de frescos, aunque se han cambiado los temas: en lugar de escenas de batalla, aquí predominan los temas de caza. Tanto en los palacios como en las fortalezas y las tumbas, los primitivos griegos dejaron huella permanente de su original contribución a la cultura recibida de otros pueblos más o menos vecinos.

El mundo micénico nunca formó un estado unificado; estaba constituido por un conjunto de unidades políticas de carácter militarista cuyo centro era el palacio-fortaleza, que controlaba tanto la actividad política, administrativa y económica como la militar y religiosa. En él residía el rey —la máxima autoridad— con sus

familiares y los funcionarios y guerreros de mayor rango. El palacio-fortaleza, dotado de un amplio dispositivo defensivo, se encontraba aislado o rodeado de algunas construcciones auxiliares. No existían ciudades.

Los trabajadores se alojaban en aldeas. Cada palacio-fortaleza controlaba un territorio dividido en distritos, cada uno de los cuales comprendía varias aldeas, que eran los verdaderos centros productivos. El palacio y su casta militar vivían a costa de las aldeas, como parásitos. A la aldea no le afectaba la desaparición del palacio, y de hecho así se comprobó cuando se produjo el hundimiento del mundo micénico.

También la esplendorosa Micenas y la refinada Pilos sufrieron la suerte de sus predecesores. Si Cnosos había vivido sus últimos días hacia 1400 a.C., otro tanto le ocurrió a Micenas al cabo de dos siglos y poco después a Pilos. Los palacios fue saqueados e incendiados, y los artistas y artesanos no sólo vieron destruidas sus creaciones, sino que ellos mismos tuvieron que afrontar la muerte o, en el mejor de los casos, el exilio. La creatividad se tornó destrucción. Y así empezó un período de decadencia, que culminó con el hundimiento de la cultura palaciega y el abandono de las enormes tumbas de cúpula, y que marcó la transición a una nueva era.

¿Cómo se alcanzó el clima que propició esa decadencia? La ruina del mundo micénico

estaría relacionada –aunque los historiadores afirman que el proceso no fue tan intelectualmente simple– con la invasión del territorio por conquistadores procedentes de otros lugares: bien de los llamados pueblos del mar, bien de los dorios. En cualquier caso se produjo un cambio destructivo de tal magnitud en las condiciones de vida de la sociedad micénica que los historiadores lo definen como una ruptura cultural.

Pero, ¿quiénes eran esos dorios? Durante los siglos XII-X a.C., una serie de tribus griegas menos evolucionadas, oriundas de las montañas del norte y del noroeste de Grecia (aunque ahora parece demostrado que su origen era Albania), empezaron a desplazarse hacia las regiones del centro. Al llegar a Delfos, en Grecia Central, hicieron un alto para establecer allí el oráculo de su dios, Apolo, y poco a poco fueron ocupando Grecia Central, la mayor parte del Peloponeso, las islas al sur del mar Egeo, y hasta la propia Creta. Y como esa penetración iba acompañada de profundos cambios en las costumbres, lo más lógico era atribuir a los invasores dorios, más rudos y mejor armados, los profundos cambios que llevaron a la destrucción de la civilización micénica.

Lo cierto es que los conquistadores foráneos se aprovecharon —posiblemente con la ayuda valiosa de sus espadas de hierro— de la